

quinientos y sesenta y dos, caminando á pié y descalzo el santo viejo, como siempre lo usaba, sin túnica, ni bordon, ni sombrero que le amparase del sol y del agua, ni otro regalo mas del que los indios de los pueblos por do pasaban, por amor de Dios les daban á él y á su compañero. En Guatemala, como la lengua de aquella tierra es diversa de la mexicana, con deseo de aprovechar á todos, siendo de edad de cuasi setenta y cinco años, la aprendió, y en ella confesaba los naturales de aquella tierra, siendo como es bárbara y dificultosa. Habiendo estado de esta última vez en aquella provincia seis años, trabajando con los indios y ayudando á la reformation de ella con gran vida y ejemplo, se volvió á esta del Santo Evangelio; lo uno, porque halló disfavor y contradicion en el obispo, que pretendia no entendiesen los religiosos en la obra de la conversion de los indios, y lo otro, porque le enviaron una licencia del ministro general para volverse á esta provincia, procurada por el provincial de ella Fr. Diego Olarte. Prosiguiendo su camino por la Misteca, y entrando un dia en uno muy pedregoso, vió un hombre que criaba seda en aquel lugar, y como contemplase la aspereza del camino y la mortificacion y desnudez del bendito viejo, edificado de esto, dijo: «Ahora veo lo que en mi vida no he visto: que un viejo como este camine por tierra tan fragosa descalzo y con solo un habitillo, sin sombrero ni bordon.» Llegó á esta provincia el año de mil y quinientos y sesenta y ocho, habiendo pasado por el camino los mismos trabajos que á la ida y aun mayores, por caminar en tiempo de cuaresma y de muchas aguas, que fueron aquel año tempranas.

1568.

CAPÍTULO XLIV.

De cómo Fr. Alonso fué electo en provincial, y de sus muchas virtudes y ejercicios espirituales y bienaventurada muerte.

1570.

ENTRADO el año de mil y quinientos y setenta se celebró capítulo provincial en el convento de México, y en él fué el siervo de Dios electo en quinto décimo ministro provincial, despues que acabó su trienio la primera vez Fr. Miguel Navarro. Hizo este oficio lo mejor que pudo (aunque su mucha edad no le ayudaba), teniendo siempre celo de la observancia de la regla y de la religion, visitando la provincia á pié y descalzo. Todo el tiempo que vivió en la órden, mostró bien cuánto amaba la preciosa margarita de la santa

pobreza, porque lo mostraba en el uso de todas su necesidades corporales. Contentábase con una refeccion al dia, y mediante esta costumbre usaba de otra para su ejercicio espiritual, que mientras los otros religiosos estaban en el refectorio cenando, él se azotaba en su celda con mucha crueldad, castigando su cansado cuerpo por tenerlo sujeto al espíritu. No bebia vino, sino cuando tuvo el oficio de provincial, ó en otra manera por causa de camino largo, y entonces era un poco al comer y muy aguado, y para ello habia de ser muy importunado de los compañeros. Los libros que tenia eran hasta dos ó tres, espirituales y devotos, y el breviario. Eran los paños menores que traia de lienzo flaco de la tierra, y cuando estaban gastados, él mesmo los remendaba, y le duraban mucho. Jamas traia túnica, sino solo un hábito, y ese habia de ser del mas grosero sayal que hallase, y él solo lo cortaba y cosia sin ayuda de otro. Siendo provincial y visitando la provincia en tiempo de invierno, por el valle que llaman de Toluca, tierra frigidísima, como iba el viejo santo á pié y descalzo, y con solo su habitillo estrecho, sin bordon ni sombrero, viéndolo un español, y admirado de ver en un viejo tanta mortificacion y penitencia, dijo con mucha devocion y fe: «En tiempo del patriarca Abraham, perdonaba Dios á las ciudades de Sodoma y Gomorra por diez justos que se hallasen en ellas, mas yo creo que por este santo religioso perdonara Dios á todo el mundo.» Tanta fué la edificacion que aquel hombre recibió de este varon santo. Holgaba de ser menospreciado y tenido en poco, y por esto todos los juéves de la Semana Santa se desnudaba y se hacia llevar con una soga al pescuezo al púlpito, y allí públicamente se azotaba, y predicaba la pasion del Señor á los indios. Celebraba todos los dias, si no era en algun camino adonde no hallaba recado, y siendo ya muy viejo hacia lo propio, aunque tenia una enfermedad de no poder tragar lo que comia. Amaba la soledad y holgaba de estar solo, como quien sabia cuán bien se gusta Dios á solas y sin testigos. Levantábase siempre antes de maitines, y cuando no habia otro que tuviese este cuidado, ó si el que lo tenia se descuidaba, él despertaba á los demas al punto de la media noche, y nunca lo dejó de hacer caminando, por cansado que llegase á la posada. Y si alguna vez dormia en el campo, allí encendia lumbré á la media noche y rezaba los maitines, y tenia su oracion mental, la cual tampoco perdia á prima noche á las completas, y finalmente, era muy continuo y perseverante en seguir el coro y lugares de la comunidad. Conocióse en él gran paciencia y humildad, po-

breza, penitencia y mortificacion; de suerte que se puede decir de él con verdad, que era un espejo de virtudes para todos los religiosos de su tiempo. Cuando caminaba, no queria rezar el oficio divino caminando, como algunos lo hacen, mas parábase en el camino para rezarlo con mas quietud y devocion, porque (decia él) pues para comer se sentaban de reposo, y no comian caminando, mas justo era lo hiciesen así para las alabanzas del Señor, para las cuales se requiere quietud y atencion. Sabia de memoria cuasi todo el Salterio, y decia que lo habia aprendido cuando caminaba, por ir siempre ocupado en cosas buenas y santas. No dormía acostado del todo, sino arrimada la almohada á un rincon de la cama, y recostado en ella. Su cama era una manta vieja para cubrir las tablas, y cubriase con el manto, que para solo aquello se servia de él. Siendo morador en la ciudad de los Angeles, moraba allí otro religioso mancebo que estudiaba las artes, el cual estando interiormente afligido y desconsolado, un dia estando en vísperas en el coro considerando su tribulacion, y el poco remedio que tenia, miró al siervo de Dios y dijo entre sí: «Si este hombre es tan santo, como dicen, ¿cómo no ve y conoce la tribulacion en que estoy y me llama y me consuela, como lo hacian nuestro padre S. Francisco y S. Antonio y otros santos, los cuales veian las tentaciones ocultas y secretas de los frailes, y los llamaban y consolaban?» Y acabadas las vísperas, luego inmediatamente antes de salir de la ordenacion (que es adonde los frailes se juntan para ver lo que les manda la obediencia, en saliendo del coro), lo llamó á su celda y le dijo: «Hermano mio, ¿qué habeis? ¿qué turbacion es la que teneis? Mirad que no entristecerá al justo cualquier cosa que le sucediere.» Y díjole otras palabras llenas de devocion y santidad con que aquel religioso quedó espiritualmente consolado, y juntamente espantado y fuera de sí, en ver cómo el santo viejo acudia en semejante necesidad á favorecerle con tanta caridad, y tambien temeroso, que cuasi huia de él, entendiendo que le conocia y sabia sus pensamientos. Á otro religioso le acaeció otro caso semejante á este con el santo varon. Siendo provincial, andando visitando la provincia, caminando por unos montes ásperos del pueblo de Zacatlan, no llevando cosa alguna de comer, preguntó al compañero, llamado Fr. Juan de la Mota, si llevaba algo de comer, porque se sentia con necesidad. Y como le respondiese que no (porque le habia mandado que nunca llevase cosa de comer), súbitamente pareció delante de ellos un hombre que les dió un pan y un jarro de agua, y mirando por él nunca mas pare-

Prov. 12.

Luc. 22.

ció. Debió de ser algun ángel del Señor, el cual preguntó á sus discípulos: «Cuando os envié por el mundo sin zurrón ni otro refugio humano, ¿por ventura faltos algo?» Y ellos respondieron que no. Lo mesmo cuasi le aconteció otra vez, pasando otra sierra muy áspera, llamada de Tlalmanalco, adonde hay un muy alto volcan. Un religioso (como testigo de vista) dió testimonio, que morando él en compañía de este siervo de Dios Fr. Alonso, un dia puso recaudo en la mesa el santo viejo, y en su mesma racion puso una pera podrida, y este testigo advirtió en ello, y dijo entre sí: «¿Qué pera es esta que pone en su racion este viejo?» Y cuando querian acabar de comer, el viejo quiso comer por postre la pera podrida, y á deshora entró en el refectorio un niño que traia una pera muy hermosa, y dióla al santo viejo y la comió, y dijo á este religioso: «En mi vida he comido cosa mas sabrosa.» Este mismo religioso dijo, que una vez habiendo gran falta de agua (aunque el cielo estaba nublado), puestas las manos el bendito viejo, alzó los ojos al cielo, y dijo: «Ea, Señor, haced como quien sois; enviadnos agua.» Hecha por Fr. Alonso esta oracion, dentro de poco rato llovió mucho, por la bondad divina, con que se remedió la falta que habia de agua. Llegado el varon santo á la edad de ochenta y ocho años, y habiendo servido al Señor fielmente los setenta en la orden del padre S. Francisco, y en esta Nueva España cincuenta y dos, trabajando en doctrinar y predicar á indios y españoles, dió el ánima á su Criador en el convento de México, sábado á diez de Marzo, á las ocho de la noche, año de mil y quinientos y ochenta y cuatro. Despues de muerto quedó su cuerpo mas hermoso que cuando era vivo. Los religiosos, conociendo su santidad de vida por tan larga experiencia, con mucha devocion le cortaron los cabellos de la corona y las uñas de las manos y piés, y cada uno procuró alguna cosa del varon santo, por pequeña que fuese, ó un pedacito de su hábito ó otra cosa semejante. Leonor Marin, mujer española, estando muy enferma de calenturas, pidió con fe y devocion un pedacito del hábito de este bendito padre, y recibéndolo en su poder, luego se le quitaron las calenturas y nunca mas le volvieron. Á su entierro vino gran parte de la ciudad, y muchos llevaron del hábito con que lo enterraron, que cuasi no dejaron pedazo de él. Desde el capitulo adonde se depositó aquella noche el santo cuerpo, hasta la iglesia, lo llevaron en hombros los priores de Santo Domingo y S. Augustin de la dicha ciudad, y otros maestros de estas dos órdenes. Y como lo enterraron sin ataud (por no advertir

1584.

en ello), al tercero día pareció á los prelados que lo desenterrasen para poner el cuerpo bendito en un ataud, y así lo hicieron á las ocho de la noche. Y aunque habian pisado el cuerpo con pisones cuando lo enterraron, cuando lo desenterraron lo hallaron sin alguna lesion, muy tratable y hermoso y sin ningun mal olor, y todos los miembros y junturas de su cuerpo se mandaban como si estuviera vivo. Halláronse presentes al desenterramiento el comisario general de la Nueva España, y el provincial de la provincia, y el guardian del convento de México y otros muchos religiosos, y le besaron los piés y manos con mucha devocion. Y por el gran contento que recibieron en ver y tratar aquel cuerpo santo, se estuvieron en este acto hasta media noche, alabando á Nuestro Señor en sus santos.

CAPÍTULO XLV.

Que trata de los religiosos varones Fr. Márcos de Niza y Fr. Jacinto de San Francisco.

Vida de Fr. Márcos de Niza.

1531.

FR. Márcos de Niza, natural de la mesma ciudad en el ducado de Saboya, partió para esta Nueva España el año de mil y quinientos y treinta y uno. Antes de llegar acá se quedó en la isla Española, de donde se partió para el Perú, que era recién conquistado. Y no hallando allí el cómodo que deseaba para convertir y doctrinar los naturales de aquellas partes, se vino á la Nueva España á esta provincia del Santo Evangelio, adonde por sus letras, religion y buenas partes fué elegido en tercero ministro provincial, despues que acabó su oficio el santo varon Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo. Y con el cargo de provincial partió en demanda de la tierra nueva de Cibola, de que tuvo noticia por relacion de otro religioso. Y satisfecho en alguna manera de las poblaciones que por allá habia, volvió segunda vez en demanda de la mesma tierra, llevando algunos religiosos, en compañía del capitan Francisco Vazquez de Coronado, que fué por general de los españoles. Anduvieron mucha tierra desierta y pasaron grandes trabajos hasta llegar á la tierra de Cibola y Quivira. Dió la vuelta no con menos trabajos que á la ida, y resultóle de aquella tan larga jornada una grave enfermedad de que quedó tullido hasta la muerte. Era Fr. Márcos varon muy religioso, docto y celoso de la conversion y salvacion de las almas. Murió santamente en el convento de México, adonde está enterrado.

Fr. Jacinto de San Francisco (que corrompido el vocablo lo llamó el vulgo Fr. Cintos), fué conquistador de esta Nueva España en compañía del marques del Valle D. Hernando Cortés. Cupiéronle en repartimiento los pueblos de Veitlalpan y Tlatlahquitepec, donde andando trabajando por hacerse rico á costa del sudor y sangre de los indios que tenia en encomienda, al tiempo que mas engolfado estaba en la codicia de las cosas temporales, lo escogió Nuestro Señor para sí, haciéndole renunciar todas las cosas y de todo punto en un momento. Su conversion fué en esta manera. Enviando una vez de Veitlalpan unos indios criados suyos á otro pueblo dos leguas de allí, supo cómo otros indios infieles los habian captivado y los querian sacrificar á sus ídolos. Tomó luego el camino para allá con la gente que pudo de sus tributarios, y procuró librar á los que estaban en tanto riesgo y peligro de sus vidas. Mas por permission divina sucedió muy al reves de lo que pensaba, porque los indios infieles prevalecieron contra él en tanta manera, que haciéndole volver las espaldas lo siguieron muy gran trecho con deseo de matarlo, y bajando por una cuesta abajo le dieron tantas pedradas y golpes, que se tuvo por milagro haber entonces escapado con la vida. Aunque de otros peligros semejantes contaba él haberle librado Dios por su infinita misericordia, como á quien tenia escogido para servirse de él en la religion. Y así en aquella presura, con ir turbado y medio muerto, le dió ventura para evadirse de sus enemigos, caminando por un arroyo arriba fuera de camino. Cuando se vió solo y que ninguno le seguia, apeóse del caballo y echóse á descansar en el campo sobre la tierra, donde fué arrebatado en espíritu ante el tribunal de Dios y duramente reprendido porque tenia esclavos, que pasaban de quinientos. Y fuéle dicho que si queria salvarse, dejase los pueblos que tenia en encomienda y los esclavos, con todo lo demas que traia su corazon captivo. Y en volviendo en sí y despertando, puso luego por obra sin detenimiento alguno lo que le fué mandado, obedeciendo el consejo del profeta, que dice: «Si oyéredes hoy la voz del Señor, no querais endurecer vuestros corazones.» Y así fué derecho á su casa, y dió luego á todos los esclavos libertad, y tuvo deseo que los indios de sus pueblos quedaran libres de todo tributo, y lo procuró con todas sus fuerzas despues de fraile. Mas no los pudo libertar para siempre, por ser hacienda que de los encomenderos vuelve á la corona real de Castilla. Pero con todo eso, fué medio para que fuesen reservados de tributo por algunos años, y procuró que se les diesen ministros religiosos, y

Vida de Fr. Jacinto de San Francisco.

Psal. 94.

fueron doctrinados con mucho cuidado, aunque andando el tiempo se ovieron de dejar aquellos conventos á clérigos, por falta muy grande que ovo en aquellos tiempos de religiosos. Finalmente, el siervo de Dios Jacinto, despojado de todos los bienes de la tierra, tomó el hábito de religion en S. Francisco de México, y no para el coro (aunque sabia bien leer y escribir), mas para lego. Y despues de profeso sirvió en aquel convento de portero muchos años con grandísimo ejemplo y edificacion de toda aquella ciudad, que lo tenia en mucha estima y veneracion. Desde el principio de su conversion hasta lo último de su vida, resplandeció en él todo género de virtud y santidad. Andaba de continuo como extático y arrobado en Dios, por donde muchas veces hacia falta en los cumplimientos exteriores que eran á su cargo. Y puesto de propósito en la oracion, era tanta la vehemencia con que su espíritu se allegaba á Dios, que las mas veces quedaba elevado y absorto fuera de sí, como hombre sin sentido. Y á las veces rompía este fervor en voces que daba sin saber lo que se hacia, como hombre ajeno de los sentidos. Tuvo ferviente celo de la salvacion de las almas, con el cual á todos amonestaba la guarda de la ley de Dios. Y cuando veia mancebos solteros españoles, considerando el peligro de aquella edad, compadeciase de ellos, y deseaba (si fuera posible) que todos entraran en religion, y á los que podia se lo persuadia, porque se librarán de los peligros del mundo en que él se habia visto. Tambien procuraba por los indios todo lo posible porque les diesen ministros y tuviesen doctrina. Y creciendo en él cada dia mas el fervor de la caridad, pareciéndole al cabo de su vejez que se le habia pasado la vida sin aprovechar al prójimo, pidió licencia á sus prelados para ir á ayudar á convertir los indios chichimecos en la frontera de los zacatecas. Concedida la licencia, fué en compañía de Fr. Pedro de Espinareda, gran religioso y siervo de Dios, de la provincia de Santiago, y de otros sacerdotes, el año de mil y quinientos y sesenta, y en poco tiempo pacificaron aquella tierra por mas de cincuenta leguas, y hicieron poblaciones de aquella gente alarbe, que agora están en policía y cristiandad. Ayudó mucho el siervo de Dios Fr. Jacinto y con mucha fidelidad en esta conquista de ánimas por espacio de cinco ó seis años. Cuando llegaron de nuevo adonde despues edificaron la villa que agora está poblada, llamada del Nombre de Dios, era una tarde y dia de ayuno, y llegaron fatigados de hambre, porque aquel dia no habian comido bocado, y como iban á pié y bien cansados, echáronse á descansar en el suelo, arri-

1560.

mados los unos á los otros por causa del frio (que lo hace muy grande en aquella tierra), y un indio que iba con ellos se allegó á un arroyo que pasa junto á la villa, y halló en la ribera de él doce peces grandes muy hermosos, que en esta tierra se llaman bagres y son como los barbos de España, y llevólos á aquellos santos religiosos, á los cuales con ellos la divina Providencia quiso proveer en aquella necesidad, y así, como dón enviado de tan larga mano, lo recibieron con mucha consolacion de su espíritu, dándole por él muchas gracias. Despues entendieron mas claro haber sido aquella provision milagrosa que Nuestro Señor quiso hacer por los méritos de su siervo Fr. Jacinto, porque desde entonces acá, nunca en aquel arroyo se ha hallado tal pescado. Quince dias antes de su fallecimiento, estando bueno y sano, no cesaba de cantar como otro cisne con los indios mozuelos nuevos cristianos, y provocaba á su mismo guardian á que cantase con él, y deciale que le comunicaba Dios cosas nuevas que nunca hasta entonces se las habia comunicado. Al cabo de estos dias, saliendo al patio fuera de la casilla donde moraban, le mordió una araña negra bien pequeña. Visto por el santo varon que su muerte se le acercaba, confesóse generalmente con el dicho guardian, el cual afirmó despues (para gloria de Nuestro Señor) no haber hallado en este su siervo que pecase mortalmente despues que entró en la religion. Recibió todos los santos sacramentos con mucho espíritu y devocion. Y encomendando al Señor la fe y cristiandad de los indios, pasó de esta vida á la eterna año de mil y quinientos y sesenta y seis. Enterraron su cuerpo debajo del dormitorio (que entonces servia de iglesia), y trasladándolo al cabo de un año á la iglesia nueva que se acababa de hacer, lo hallaron todo entero, tan solo el hábito gastado. Algunos afirmaron que olia suavemente. Está enterrado en la villa del Nombre de Dios, en medio de la capilla, con sepultura señalada. Es muy grande la memoria que de este santo religioso tienen los españoles de México que le alcanzaron á conocer.

1566.

CAPÍTULO XLVI.

De Fr. Juan Fucher y Fr. Antonio de Huete.

FR. Juan Fucher, de nacion frances, vino de la provincia de Aquitania á esta tierra, algunos años despues que fué descubierta de nuestra nacion española. Era en Paris doctor en leyes antes que

Vida de Fr. Juan Fucher.